



I Ecología y espiritualidad ignaciana

José A. García

Una anécdota para comenzar. Hace cosa de dos o tres años, y a propósito del creciente interés de la Iglesia y de muchos grupos cristianos por la relación entre espiritualidad y ecología, le oí comentar a una amiga: “Verás cómo sale por ahí algún jesuita diciendo: *esto ya lo intuyó san Ignacio*”. Se refería, claro está, a ese afán desmedido que mostramos en ocasiones algunos jesuitas de convertir al santo en un “sabelotodo”, incluso sobre problemas que él nunca se habría planteado. Ciertamente, no quisiera ser yo ahora ese jesuita...

Pienso, sin embargo, que existe otro modo de explorar la relación entre ecología y espiritualidad ignaciana que va más allá de esa injusta anticipación. Consistiría en analizar si en la esencia de dicha espiritualidad, en lo más nuclear de ella, existe una visión del mundo que pueda inspirarnos hoy una comprensión más honda de la creación y un mayor cuidado de nuestra “casa común”, el planeta Tierra. No sólo una visión sino también un proceso espiritual para encarnarla en nuestra vida y para presentarla, incluso, en la plaza pública. En caso positivo, no se trataría ya de retrotraer indebidamente el presente al pasado (la ecología, tal como se plantea hoy, a Ignacio de Loyola), sino de introducir el pasado (Ignacio de Loyola) en el presente de un problema que nos afecta a todos y ver qué posibilidades tiene movilizarnos y convocarnos en torno a él.

Un ejemplo de esta posibilidad lo tenemos precisamente en el último número de esta revista. Sylvie Robert, teóloga francesa, escribe un artículo sobre el voto de castidad en la espiritualidad ignaciana, tradición a la que ella misma pertenece. La autora sabe muy bien que la única observación sobre el tema que aparece en las Constituciones da por supuesto lo que hoy no podemos ya suponer, y que además lo hace con un lenguaje desfasado [cf. *Co* 547]. “¿Quiere esto decir –se pregunta a continuación– que a la vida religiosa ignaciana le faltan recursos en su tradición para reflexionar y vivir la castidad”? Su respuesta es que no. Sólo que tales recursos habrá que buscarlos en otros niveles más profundos de esa espiritualidad, allí donde se fragua el modo de relacionarse de la persona consigo misma, con los demás, con la naturaleza y con Dios, porque es ahí, en

317

José A. García

esos niveles, donde se juega básicamente el problema de la castidad. Y de todo eso sí que habla Ignacio, y mucho... Uno se pregunta, dando por bienvenidas todas las aportaciones que nos ayuden a ser castos sí, privadas de esa orientación de fondo, pueden generar por sí solas una verdadera castidad apostólica.

Creación primero y encarnación después van a ser para la espiritualidad ignaciana los dos pilares que mantienen en pie la visión sacramental del mundo que vive Ignacio.

Pues bien, algo parecido nos vamos a encontrar al estudiar la relación entre espiritualidad ignaciana y ecología, sólo que en este caso la vinculación entre ambas es literalmente más cercana que en la anterior.

Para comenzar ya con el tema quisiéramos afirmar lo siguiente: *El cuidado de la Tierra es tan importante para el presente y futuro de la humanidad que todas las tradiciones humanistas, científicas o religiosas que tengan algo que aportar a ese cuidado deben hacerlo. La espiritualidad ignaciana lo tiene.*

na lo tiene.

De esa convicción surge la pregunta que nos hacíamos anteriormente: ¿tiene la espiritualidad ignaciana algo propio e interesante que decir para un mejor cuidado de la “casa común”, en sinergia con los movimientos ecológicos del momento? Creemos que sí. El objetivo de estas páginas es mostrarlo.

318

1. San Ignacio y su visión sacramental del universo

Del universo podemos tener una “visión plana” o una “visión sacramental”. La visión plana ve cosas, las analiza científicamente, las relaciona entre sí, admira las maravillas que descubre, etc., pero se queda ahí. No las trasciende con preguntas sobre su origen último, su finalidad, su sentido... La visión sacramental, por el contrario, acepta los datos que le da la visión plana y científica de la realidad, pero no se cierra en ella. La perfora hacia su fundamento último, hasta descubrir el universo entero y todas las realidades que lo componen como nacidas de Dios, Amor primordial del cual provienen.

Pues bien, san Ignacio pertenece claramente a esta segunda clase de hombres, de lo cual tenemos muchos y tempranos testimonios. Dice, por ejemplo, la Autobiografía que estando enfermo en Loyola “la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por largo espacio porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor” [Au 11]. He ahí un primer ejemplo

Ecología y espiritualidad ignaciana

claro de mirada sacramental del universo. El cielo no es sólo cielo, las estrellas no son sólo estrellas. Presente en ellos, a la vez que trascendiéndolos, Ignacio descubre la grandeza y el amor de Dios, fuente de la consolación que experimenta.

Creación primero y encarnación después van a ser para la espiritualidad ignaciana, tal como aparece en los Ejercicios y veremos después, los dos pilares que mantienen en pie la visión sacramental del mundo que vive Ignacio. Porque todo es creado, todo es sacramento del Creador. Porque Dios mismo se hizo mundo, el mundo es el hábitat de Dios y *casa común de la humanidad* a la que los hombres debemos sumo respeto. Nadie está autorizado a poseerla o maltratarla en su servicio.

Pero donde a mi modo de ver se manifiesta de un modo insuperable la concepción sacramental del mundo en la espiritualidad ignaciana es en la última contemplación de los Ejercicios, la contemplación para alcanzar amor. Fijémonos que no se trata de una más de las contemplaciones ignacianas, sino del modo espiritual en el que San Ignacio quisiera devolver al ejercitante de los Ejercicios a la vida cotidiana. Es decir, de toda una espiritualidad para la vida; una espiritualidad que recoge en síntesis el espíritu de los Ejercicios para vivirlos en el interior de nuestra presencia en el mundo. De ahí le viene su centralidad y especial importancia.

Pues bien, según esa contemplación, y como veremos a continuación, el universo entero es don, gracia que desciende. Presencia que lo habita todo y trabaja en todo a favor nuestro.

Así pues, en la espiritualidad del propio Ignacio de Loyola el mundo entero y todas sus cosas son sacramento de un Dios amoroso y mayor. Las cosas no están ahí para que podamos utilizarlas arbitrariamente. Tienen una vocación recibida de Dios que el hombre no puede torcer en beneficio suyo.

Esa es, creo yo, una primera y central aportación de la tradición cristiano-ignaciana al cuidado de la Tierra. Veámoslo un poco más detenidamente.

2. Principio y final de los Ejercicios. ¿Una gran “inclusión”?

Como es bien sabido, los Ejercicios comienzan con el Principio y Fundamento (PyF) y terminan con la Contemplación para alcanzar amor (CaA). Ellos son el viento y cimiento de la espiritualidad ignaciana, la Roca firme donde asentar la libertad humana y el Horizonte de esa misma libertad. Las cuatro semanas señalan el proceso de cristificación del ejercitante sin el cual ni podremos recibir esa libertad que Dios nos ofrece como don suyo (PyF), ni mucho menos articularla en el mundo como

José A. García

nuestro modo propio de colaborar con el Sueño de Dios sobre el mundo (CaA).

A lo largo de todo ese proceso espiritual la llamada a convertirnos a Dios y a la comunidad humana nos es, por lo general, bien conocida. No

*No es tan claro que
hayamos interiorizado
lo que toca a nuestra
conversión ecológica,
es decir nuestra
relación con
“las cosas”.*

es tan claro, sin embargo, que hayamos interiorizado con igual inteligencia y afecto lo que toca a nuestra *conversión ecológica*, es decir nuestra relación con “las cosas”, expresión muy querida para Ignacio y que, precisamente por su máxima abstracción le sirve para referirse a todo lo que no es ni Dios ni la criatura desnuda ante Él. Esa relación con las cosas está menos explorada, con el peligro claro de un antropocentrismo exagerado que pierde de vista nuestra condición de habitantes del planeta Tierra, matriz mundana de todo el resto

de nuestras relaciones.

Pues bien, ¿qué dicen al respecto ese principio y final de los Ejercicios que parecen abrazar todo su proceso lineal al modo de una gran “inclusión”? ¿Qué dicen sobre las cosas, sobre esa casa común y sobre nuestra necesaria conversión a ella? Veamos:

320

– *Las cosas son más que cosas. Son creaturas y dones del Amor de Dios a la humanidad.* El PyF sostiene que no sólo el hombre sino “las otras cosas sobre la haz de la tierra”, todas ellas, son creadas por Dios [Ej 23], es decir, provienen en último término de su amor originante. “Tú Señor amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste, pues si algo odiases, no lo habrías creado. ¿Cómo subsistiría algo si tú no lo quisieras? ¿Cómo se conservaría si no lo hubieras llamado?” (Sab 11,24-25). Preciosa argumentación. Si Goethe pudo escribir que “el amor *mueve* el mundo”, este judío creyente afirma otra verdad previa: que el Amor *crea* el universo.

– La CaA añadirá por su parte a lo anterior que *toda realidad, toda cosa, es lugar de encuentro con Él, medio divino donde Dios se revela y nos espera.* Un Dios que es y se manifiesta, según san Ignacio, según estas cuatro metáforas (K. Rahner):

a) *dando la realidad y dándose en ella;* los hombres podemos dar sin darnos, Dios no. Se auto-comunica en lo que da.

b) *habitando las “cosas”,* para que podamos encontrarle siempre en ellas. No al modo de los dioses míticos que hacían incursiones en la humanidad para volverse después a su propio Olimpo.

c) *trabajando* en ellas por nosotros. “Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo”, dice Jesús (Jn 5,17). El Espíritu Santo está siempre activo en

Ecología y espiritualidad ignaciana

la creación, trabaja en ella para abrirnos a su misteriosa vocación de participar (una vez liberada de la esclavitud a la que se ve sometida por el hombre en contra de su deseo) en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (cf. Rom 8,19-22).

d) *descendiendo* a ellas. Un descenso que es para nosotros kénosis salvadora, amor que desciende para estar a nuestra propia altura e inundarnos de su agua y de su luz. “Como del sol descienden los rayos (de luz), de la fuente las aguas, etc.”, dirá san Ignacio [Ej 237].

Desde sus experiencias espirituales en Loyola y Manresa el mundo es para Ignacio una gran teofanía. En él se manifiesta Dios y en él quiere ser encontrado, adorado, amado y servido. Esa es su nueva mística, la que le transforma de eremita en (futuro) jesuita. A partir de entonces la pasión de Ignacio no se focalizará ya en ayunos, penitencias y oraciones sino en amar y servir a Dios, amando y sirviendo a su mundo. Cuando más tarde escriba las Constituciones de la Compañía de Jesús pedirá a cada uno de sus miembros algo que vale para todos porque define el horizonte más precioso de su espiritualidad: “Es preciso buscar y hallar a Dios en todas las cosas, a Él en todas amando y a todas en Él, conforme a su santísima voluntad” [Co 288].

¿No existe ahí un *principio inspirador* de esa triple relación con Dios, con los demás y con la Tierra en la que se mueve la vida de la humanidad? ¿Podremos acaso, una vez situados en esa cosmovisión, separar a Dios de lo que él tanto ama, la casa común que nos ha regalado? ¿Responder a su amor sin expresárselo en el cuidado del hábitat de todos los seres vivos? Decididamente no. Cuando nos relacionamos horizontalmente con las cosas –viene a decir Ignacio– es preciso encontrar y amar *en ellas* a su Fuente y Dador; ser *místicos horizontales*, contemplativos en la acción. Cuando nos relacionamos verticalmente con Dios, es preciso descubrir y amar *en Él al mundo y sus cosas*; ser activos en la contemplación.

En esta visión ignaciana del mundo como realidad transida de Dios, y de Dios como Alguien que nos regala el mundo y se da en él, una cosa es de notar. Que hombres y mujeres, naturaleza, cosmos, acontecimientos históricos, etc., no son una *ocasión* a partir de la cual, como si de una pértiga espiritual se tratara, nos elevamos a Dios. No. Que no encontramos a Dios *a través de ellos sino en ellos*. ¿Cómo, entonces, si la tierra es don de Dios y lugar en el que Él se nos da, podríamos des-interesarnos de ella? Y no sólo por razones de supervivencia humana (que también) sino estrictamente teologales, es decir, sagradas.

En el movimiento ecológico convergen de hecho muchas tradiciones,

José A. García

cada una con su propio acento. El nuestro es éste: las cosas son criaturas, son don de Dios, no propiedad nuestra. No son de uso libre. Al acercarnos a ellas lo primero que tendríamos que hacer es dar *un paso atrás* –“quítate las sandalias porque el suelo que pisas es santo” (Ex 3,5)– porque son de

*Las cosas son criaturas,
son don de Dios, no
propiedad nuestra.
No son de uso libre.
Son de Él, no nos
pertenecen.*

Él, no nos pertenecen. Sólo después de este paso atrás podremos dar *un paso adelante*, cuando ya las cosas han pasado a ser franciscanamente hermanas de creación. Es lo que quiere decir Ignacio con el ‘tanto-cuanto’ del PyF y con el ‘*en todo amar y servir a su divina majestad*’ de la CaA. ¿No tenemos todos alguna experiencia de que sin ese primer paso atrás, hecho de respeto, reverencia y acción de gracias, nuestra relación con las cosas se pervierte fácilmente, se convierte en dominio, explotación, auto-búsqueda?

La espiritualidad ignaciana lleva pues en sus entrañas esa cosmovisión según la cual Dios y el mundo no son la misma cosa, no pueden ser pensados en clave panteísta, antigua o moderna, pero tampoco dos realidades des-vinculadas entre sí como querría un falso dualismo. En este punto Ignacio se aleja por igual de ambos extremos. Más cerca parece estar de Pablo cuando en el areópago de Atenas proclama que *todo es en Dios*, que todo recibe de Él la vida, el aliento y todas las cosas (cf. Hch 17,24-29). En términos cultos, a esta visión paulina, que es también la ignaciana, suele dársele el nombre de *panenteísmo*, término griego cuyo significado literal es “todo (es) en Dios”. “En Él nos movemos, existimos y somos”. Nos movemos nosotros, existimos nosotros, somos nosotros. Con la autonomía propia de toda criatura, es cierto, pero radicada en Dios. Eso que los teólogos llaman “autonomía teónoma”.

322

2. Una visión así, y sobre todo una vida coherente con esa visión, no son obvias, están amenazadas

Amenazadas desde profundas tendencias arcaicas que tiene su origen en el interior del hombre, y también desde una cultura tecno-funcional y consumista, objetivación por una parte de dichas tendencias y reforzamiento de las mismas, por otra.

2.1. San Ignacio alude en el PyF [Ej23] a tres de esas tendencias como impedimentos mayores para que el ser humano se convierta en el aliado de Dios y de su Proyecto sobre la Creación. Se trata de tres instintos (buenos

Ecología y espiritualidad ignaciana

en sí) que con harta facilidad se trasforman en otras tantas obsesiones en torno a las cuales construimos nuestras vidas:

– *el instinto de vida* (bueno) cuando se transforma en obsesión por vivir. “No querer más salud que enfermedad, vida larga que corta”

– *el instinto de tener* (bueno también), cuando se transforma en obsesión por la acumulación. “No querer más riqueza que pobreza”

– *el instinto de valer* (también bueno) cuando se transforma en obsesión por el prestigio. “No querer más honor que deshonor”

Cuando alguna de esas obsesiones, o las tres, gobiernan nuestra vida, ¡pobres de los que viven a nuestro lado y pobre también de la creación que nos rodea! Se convierten en tres ídolos insaciables a los que hay que sacrificarlo todo, personas y cosas. No existe ya el paso atrás ni la reverencia ante nada. Se acabó la mirada contemplativa sobre la realidad y el encuentro con Dios en ella. De ahí la importancia de la famosa “indiferencia ignaciana” que no consiste (es importante notarlo para evitar malentendidos) en que *me dé igual* estar sano o enfermo, ser querido u odiado, etc., sino en que mi Deseo se oriente siempre hacia Dios y su Reino. Esa Pasión logrará lo que ninguna ascética puede lograr: que esas tres obsesiones, fijaciones insanas del deseo, no marquen el horizonte de nuestras elecciones.

323

2.2. *Un paso más.* Cuando en la primera semana aborda san Ignacio el tema del pecado, las meditaciones avanzan así: a) el pecado es fruto del mal uso de la libertad humana: “no se queriendo ayudar de su libertad” [Ej 50]; b) el pecado es en sí feo y malo, tiene una dimensión estética y otra ética que afectan a quien lo comete y también al género humano: “cuánta corrupción vino en el género humano...” [Ej 51], “mirando la fealdad y la malicia que cada pecado mortal cometido tiene en sí...” [Ej 57]; c) “exclamación admirativa”: ¡cómo me han dejado con vida las criaturas! ¡cómo no se han abierto para sorberme los cielos, el sol, la luna, las estrellas, la tierra...! [Ej 60]; d) el pecado es, en su último y más grave escalón, “un hacer contra la bondad infinita” [Ej 52].

Parece claro que para san Ignacio el pecado del hombre y de la humanidad tiene que ver directamente con Dios, le afecta en aquello que le constituye: ser bondad infinita, Amor. Pero que ello es así porque antes (si se puede utilizar este término) ha herido a sus criaturas: al género humano, a las criaturas, a la Tierra... Así pues, el pecado llega hasta el corazón de Dios a través de la “fealdad y malicia” que genera en el mundo. En el mundo tal como el Dios-Amor lo quiere y lo sueña.

San Ignacio, como acabamos de ver, se admira de que los elementos materiales del cosmos no se amotinen contra el hombre, ya que sobre ellos

José A. García

San Ignacio se admira de que los elementos materiales del cosmos no se amotinen contra el hombre, ya que sobre ellos descarga el efecto devastador del pecado.

descarga el efecto devastador del pecado que les impide su vocación de servicio a la humanidad y a Dios. ¿No resuena aquí el mensaje paulino de la frustración que experimenta la creación a causa del pecado del hombre, y la esperanza que la anima de verse liberada de su esclavitud para parti-

cipar en la libertad de los hijos de Dios? (cf. Rom 8,20-22).

En el proceso de la primera semana de Ejercicios hay, pues, un poderoso argumento teológico en el que apoyar nuestra “conversión ecológica”.

2.3. *Otro paso adelante.* Cuando ya en la segunda semana nos pone san Ignacio en contacto con la Trinidad que mira al mundo y que decide la encarnación del Hijo, y más adelante con el nacimiento de Jesús en la cueva de Belén, ¿qué significa este

acontecimiento fundante del cristianismo con respecto a una vivencia cristiana de la ecología?

– Significa que uno de la Trinidad se ha hecho hombre como nosotros y al hacerlo se ha hermanado, no sólo con el hombre individual, sino también con los elementos cósmicos de los que éste hombre está hecho y con la casa (eikos) en la que el hombre habita.

– Significa que la encarnación de Cristo ha hecho santa la creación, la ha dotado de una vocación: ser hermana del Hijo y ponerse al servicio del Reino de Dios inaugurado por Él.

– Significa que el hombre no puede apropiarse arbitrariamente de la creación, sino recibirla como don y hermanarse con ella en el servicio al Plan de Dios.

2.4. *Y, por fin, una gran intuición de san Ignacio en “las dos Banderas”.* ¿En qué consiste tal intuición? El corazón del hombre es un lugar ambiguo al que llegan dos tipos de “propuestas salvadoras”. Uno anunciándole un camino aparente de vida que en realidad es de muerte, y otro de seguimiento de Jesús (y consiguientemente de negación de sí) que parece de muerte pero es de vida. El primero es falso, pero “parece” verdadero; por eso atrae tanto. El segundo es de vida, pero no lo parece. Sólo quienes entran por él, siguiendo a Jesús, saben que lleva a la “vida verdadera”.

Hasta aquí, todo es normal, pura doctrina cristiana. Lo original de la interpretación ignaciana está en que para san Ignacio la primera propuesta del “enemigo de natura humana” es, en la mayor parte de los casos, la *codicia de riquezas*, bien sean éstas materiales o espirituales. Una vez en ella el

Ecología y espiritualidad ignaciana

pecador saltará al *vano honor del mundo*, y de ahí a *crecida soberbia*. Y de ella, a todos los vicios... [Ej 142].

Uno se pregunta: ¿por qué ha de ser precisamente así, que el primer escalón de la maldad sea la codicia de riquezas y no otro de los pecados capitales? Es cierto que el texto introduce una matización, “*ut in pluribus*” (como sucede “en la mayoría de los casos”), pero modulada y todo la afirmación queda ahí. El Enemigo sabe que la propuesta más atrayente, y la que aparece con mayor potencial de *salvación* es la que conecta directamente con ese arcaísmo humano del acaparamiento. Si logro acumular muchos bienes, bien sean de orden material o intelectual o espiritual –parece insinuarle la tentación al hombre–, adiós inseguridades, adiós miedos... ¡Llegó seguridad total y con ella la salvación! Sabemos que no es verdad, pero la propuesta conecta muy bien con ese equívoco de nuestro pobre corazón... ¿Cómo se explica si no que logre tantos adeptos a lo largo y ancho de nuestro mundo?

Codicia, ambición de prestigio y soberbia se ejercen, no sólo contra el hombre, sino también contra la Tierra.

No hay por qué detenerse mucho en cómo incide este “engañó antropológico” en el tema de la ecología. Codicia, ambición de prestigio y soberbia se ejercen, no sólo contra el hombre, sino también contra la Tierra.

325

3. Algunas conclusiones

Quisiera terminar este artículo poniendo de manifiesto algunas conclusiones derivadas de todo lo dicho:

1ª. El potencial ecológico de la espiritualidad ignaciana es muy real pero necesita ser más explicitado porque el momento que vivimos así lo exige. En primer lugar cuidando que la concentración relacional del hombre con Dios y con Jesucristo, típica de los Ejercicios, no mande al olvido esa otra relación del hombre con las cosas (con la *casa común*) que también está presente en ellos, aunque todavía poco explorado. El peligro de tal concentración (que en su cara negativa supone una amputación) no es imaginado, es real. Tendremos, pues, que potenciar más esta dimensión ecológica de los Ejercicios, tanto en nuestra vida espiritual como en el ministerio de los Ejercicios.

2ª. La “conversión ecológica”, que si es real ha de manifestarse en el cuidado de la Tierra, no es opcional para quien desee vivir el seguimiento de Jesús en clave ignaciana. Nace de su entraña y nos afecta a todos, militemos o no en algún movimiento ecológico.

José A. García

3ª. En cualquiera de los dos casos, pero mucho más en el caso de la militancia ecológica, el reto está en que esa implicación sea, ella misma, espiritual. Es decir, que se trate de una “ecología con Espíritu”: radicada en Dios Padre creador del universo, en el Hijo que plantó su tienda entre nosotros, y en el Espíritu Santo que inspira la construcción de un cielo nuevo y una tierra nueva. Los análisis científicos y técnicos serán imprescindibles, pero no suficientes. Necesitamos vivirlos desde una espiritualidad que sostenga y aliente religiosamente nuestras motivaciones a largo plazo y convierta nuestra praxis ecológica en anuncio del Evangelio (buena noticia) de Dios para la Tierra...

4ª. Ignacio es muy realista con respecto a lo que hemos llamado “tendencias arcaicas” del ser humano que inciden directamente sobre el despojo de la tierra. También lo fue, y más, Jesús: quien intenta salvar su vida por la codicia de riquezas y la idolatría de la acumulación (cf. Lc 12,16-21) la pierde. Pero resulta que además de perderla él mismo, tuerce y arruina la vocación de las cosas y de las personas, especialmente de las más pobres y desprotegidas, una vocación sembrada en ellas por el propio Dios. Tarea nuestra es desvelar personal y públicamente este “defecto de fábrica” como primer paso para impedir que se expanda y ensanche el camino...

5ª. Queda, por fin, un tema harto difícil de plantear, pero también insoslayable. ¿Puede el acento y las motivaciones cristiano-ignacianas de la preocupación por el medio ambiente formar parte explícita del debate ecológico, al lado de otros acentos y tradiciones humanistas o científicas? ¿Debe hacerlo? Uno piensa que sí, pero el cuándo y el cómo son muy complejos y han de ser más pensados. Ojalá otros artículos de este mismo número se atrevan a abordar este tema.